

¿Qué se siente?

Laura Sharaí Reyes Vázquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 1° semestre

El hombre miraba el puñado de moscas que revoloteaba encima del frutero, eran alrededor de veinte, gigantescas, con cuerpo metálico. Le parecía curioso cómo todas ignoraban el resto de las cosas puestas sobre la mesa, como si sólo existiera el frutero. “También está el jarrón verde”, pensó, cuando un sonido proveniente de la olla en la estufa le arrebató el pensamiento. Levantó la tapa y miró las burbujas que brotaban y morían al instante. El chocolate estaba listo.

Se apresuró hacia la mesa y del jarrón verde sacó dos caracoles vivos, las criaturas glutinosas movían sus cuerpos retenidos entre los dedos regordetes del sujeto. Volvió a la estufa y arrojó los caracoles al chocolate hirviendo. Sonrió, pues le gustaba imaginar que los caracoles, al sentir el vapor caliente envolviéndolos mientras caían directo a la lava, gritaban desde el interior de su caparazón. Un grito apenas perceptible, ahogado, como de quien intenta articular algo y descubre que se ha quedado sin voz, seguido de un atolondrado golpe de calor en sus cerebros, un terror creciente que se apodera de ellos al percibir que sus intestinos comienzan a cocerse. Esa idea le resultaba tan placentera que jamás volvía a colocar la tapa. Se quedaba ahí observando cómo flotaban los caparazones en el líquido hirviendo.

Ya en la mesa, sentado frente a una taza, un martillo y una tabla con los caracoles muertos, el hombre recreó el deleite de pescar los caparazones con el cucharón; como si él fuera un dios, pero uno que no pretende ayudar. Tomó el martillo y dio un golpe a los caparazones; la mesa saltó. “¿Cómo privarse de la sensación de escucharlos tronar? ¿Cómo no querer sentir el ligero rebote cuando el martillo ha dado ya contra los cuerpos viscosos? Poder hacerlo es suerte”, pensó el hombre.

La imagen de los cuerpecillos ahora perforados por su misma coraza, junto con el vapor del chocolate, le provocó cerrar los ojos. Llevó la taza a su boca y dio un largo sorbo: profundo, pausado, en completo

silencio. Sintió que el líquido quemaba su garganta, chamuscando un poco su carne. Percibió el infierno bajando por su esófago, abriéndose paso hacia el fondo, y entonces imaginó a un hombrecito viviendo en su estómago, sentado en cuclillas, que de pronto miraba hacia arriba aturdido por la llegada de aquel líquido ardiente. Sintió su impotencia al ser consumido sin escapatoria, con la piel cayéndosele de los huesos y la boca derritiéndosele en una mueca. Una escena perfecta que el tramoyista de su mente sabía manejar como una divinidad.

Lanzó un suspiro y miró a su alrededor: la alfombra llena de manchas, el fregadero escurriendo, el refrigerador entreabierto y, al otro lado de la mesa, el puñado de moscas en el frutero. En él no había ni manzanas ni plátanos, ni nada de fruta; de lo que el frutero estaba lleno, a tope, era de pequeñas manos. Manitas gordas y putrefactas que el hombre había cortado.

—Ustedes andan hasta en el infierno, ¿verdad? —preguntó el hombre a las moscas—. ¿Vendrán a buscarme cuando mi casa sea el frutero?

Y, como respondiendo, una mosca pequeña, negra, la más pequeña entre todas aquellas monstruosidades, se posó encima de los caracoles muertos. El hombre la siguió con la mirada.

—Las moscas no distinguen al muerto, ¿o sí? —les dijo.

Un sonido de sirenas penetró por toda la calle, era estridente. Se metió por sus tímpanos y amenazó con tronarlos; sin embargo, el hombre siguió mirando las moscas.

—Mientras ya no sirva, hasta la mierda se les antoja.

Un golpe sordo abrió la puerta.

—¡Arriba las manos! —gritó el policía.

El hombre sonrió al ver que el enjambre no se movió del frutero ni con el ruido.

—¡Que levantes las manos, te dije! —repitió el policía.

El hombre se puso de pie y, con una sonrisa en el rostro, preguntó:

—¿Las manos del frutero?



Mozarella, Carlos Luis Sánchez Becerra.